



15 de diciembre de 1878

La Encarnación, Misterio de Santidad

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Me gustaría comunicaros algunas reflexiones sobre los misterios de este tiempo. Desde ahora y hasta la Navidad adoramos a nuestro Señor anonadado en el seno de la Santísima Virgen.

Este gran misterio de la Encarnación, salvación del mundo, principio de la vida sobrenatural, que, según el pensamiento de un santo recientemente proclamado Doctor de la Iglesia, habría dado la vida al mundo, incluso sin la caída, y único misterio que puede dar la vida al mundo después de la caída. Este gran misterio, digo, encuentra la incredulidad, la contradicción en toda mente demasiado humana. Primero en los impíos, luego incluso entre los cristianos: si el espíritu del mundo predomina, entonces surge el interrogante. Nos preguntamos: "¿Cómo es esto?"

El misterio de este gran misterio es que es un misterio de santidad. Lo que escandaliza a la gente del mundo es ver a nuestro Señor Jesucristo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, tan profundamente anonadado: es ver al Todopoderoso, al Eterno, al que creó el cielo y la tierra, al que ha de venir a juzgar a las naciones, tan poca cosa en el seno de una pobre virgen desconocida, primero en Nazaret, después en Belén. La explicación de este misterio es que por encima de todo lo que es, Dios pone su santidad. La santidad es lo que busca sobre todo. Lo que quiere es crear santos.

Los hombres piensan como si Dios hubiera querido crear un reino o doctrina, y no como si quisiera crear santos. Son santos lo que Dios quiso hacer con este misterio de la Encarnación. Y primero mirad cómo descendió al seno de la Santísima Virgen, porque era absolutamente santa. Lo que el mundo nunca entenderá, es que la mayor atracción que puede atraer a Dios aquí es la santidad. En todo el mundo no había nada como esta chica de quince años, porque era lo que había de más santo en la tierra.

Al descender así, Jesucristo quiso abrirnos el camino de la santidad. Por nosotros bajó del cielo. Por nosotros, primero por los que iban a dar los frutos de la Redención con esa altura, con esa perfección, con esa grandeza que ha hecho santos, santos como San Francisco de Asís, como los apóstoles, como los miles que tenemos en la Iglesia Católica.

Por tanto el primer afecto, el primer amor que atrajo a Jesucristo a la tierra, fue la santidad. Los santos sólo podían ser creados en este anonadamiento de nuestro Señor en su Encarnación. Ahí está la raíz de toda santidad. Este es el principio de la renuncia a todas las cosas de la tierra y el anonadamiento de uno mismo para vivir de Dios, según Dios, en la voluntad de Dios. Leed todas las vidas de los santos: siempre encontraréis que han renunciado completamente a sí mismos, que entraron en el anonadamiento de la humildad, de la pobreza, de la obediencia. Se despreciaron profundamente a sí mismos, y dando todo su amor a Dios, buscaban toda virtud en lo que nuestro Señor les había mostrado, haciéndose tan pequeño en el seno de la Santísima Virgen.

Pero después de los santos, solo se salvan los cristianos que en alguna medida, participan de este espíritu de anonadamiento que es esencial para la santidad.

¿Cómo sorprenderse, hermanas mías, de que la gente del mundo no entienda esto? ¿Cómo sorprenderse de que tanta gente distraída, ligera, no pueda entrar en un misterio tan profundo como el del anonadamiento de un Dios, que tiene por resultado el anonadamiento más profundo de las criaturas ante Dios y la unión a esta vida que nuestro Señor Jesucristo quiso aceptar en el seno de la Santísima Virgen?

Probablemente fue una vida de consuelo, ya que encontró la criatura más santa del mundo, la más perfecta, la más angelical, ¿qué digo? elevada por encima de los ángeles, de los santos, de toda criatura. Ella sobrepasaba las gracias de cualquier otro, tenía sus comienzos en la perfección de los santos; elevándose casi hasta el trono de Dios, al menos tanto como una criatura puede acercarse a este trono.

Esta es en quien Jesucristo halló tan inmenso consuelo. Aceptó esta vida de absoluto silencio, de obediencia, de cautiverio, de anonadamiento absoluto, ¡el que era perfecto en su cuerpo, perfecto en su alma, perfecto en su inteligencia! ¡Nunca las religiosas meditarán en esto demasiado, para ver en el fondo de ellas mismas en lo que se deben anonadar!

Hay muchas cosas en nosotras a las que tenemos que renunciar, muchas cosas en las que aún vivimos, nuestras voluntades, nuestro orgullo, esos mil pequeños apegos que son el equipaje del yo. Y si, al acercarse estas grandes fiestas, nuestro Señor Jesucristo nos invita, por un lado, a alegrarnos, porque él trae perdón, paz, gracia, santidad, por otro lado, para recibir estas gracias, nos llama a entrar en el mismo camino que ha seguido, es decir, en el anonadamiento, en la renuncia más profunda de una misma, para participar en su santidad.

Nadie sabe a qué grado de anonadamiento le ha atribuido Dios la santidad, a qué profundidad la ha ocultado para cada una de ellas. ¿Hasta qué punto la gracia de la santidad es para ti, hermana mía? No lo sabes, yo tampoco. Pero si sois fieles, si os dais a nuestro Señor Jesucristo para seguirlo anonadado, estas gracias descenderán; y, como es de la naturaleza de la gracia que cada gracia recibida atrae a otra y la duplica, de vosotras depende que la gracia se multiplique maravillosamente en vuestra alma.

Entonces Dios os envía un poco de luz, veis lo que se necesita dejar. Lo hacéis, por la voluntad, por un acto, por una aceptación generosa: esta gracia se duplica, vuelve y pide dos cosas más de nuevo, vosotras también las respondéis. Ya no son dos gracias, recibís cuatro gracias, luego ocho, luego dieciséis. Si la gracia se multiplica, dicen los antiguos teólogos, no es a razón de uno, dos, tres, cuatro, cinco, sino dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos.

¡Cuánto depende de vosotras recibir muchas gracias! Durante todo el día, Dios ofrece gracias al alma religiosa. Todo acto de humildad, de perfección, de obediencia, de oración nos atrae. Todos los sacramentos nos las dan. Si el alma es fiel a corresponder a estas gracias, las del día siguiente serán más numerosas, mayores, más misericordiosas, y las de pasado mañana todavía más grandes.

Así fue con la Santísima Virgen: no perdió una sola gracia desde el día de su Inmaculada Concepción. La mente se pierde ante este abismo de perfección, y faltan palabras. No dejó de responder a ninguna gracia, y recibió inmensas. Ante todas estos gracias que se duplcan, se cuadriplican, ¿quién puede medir el abismo de la gracia, de santidad, en el alma de la Santísima Virgen?

Si las primeras gracias de la Santísima Virgen, como su Inmaculada Concepción, han sido tan grandes, ¿qué decir de la gracia de la Encarnación? Al final de su vida, María fue llamada a ofrecer con Jesucristo el sacrificio del Calvario. Está preparada con él. Se convierte allí en la madre del género humano: gracia muy dolorosa, sin duda, pero la gracia no siempre es reconfortante; está a menudo acompañada por la angustia y el sufrimiento.

La Santísima Virgen no descuidó ninguna gracia: en la alegría como en el dolor, nunca dejó caer ninguna partícula del don de Dios. Así fue como, de gracia en gracia, se elevó al trono de gloria donde es objeto de la admiración de todos los ángeles y de todos los santos. ¡Al mismo tiempo, es ante Dios la hija más humilde, más fiel y más sumisa!

Siguiendo sus pasos, hermanas mías, también vosotras estáis llamadas a haceros un trono, siempre tomando como punto de partida el anonadamiento. Y notad que en el cielo la Santísima Virgen es siempre humilde, sumisa, perfecta sierva de Dios, al mismo tiempo que es su esposa y la reina de todas las criaturas.

Sería una locura creer que la humildad y el anonadamiento cesan en el cielo. Solo en el cielo la humildad es gozo y la aniquilación es plenitud, porque Dios encuentra más espacio donde hay menos de la criatura. En la medida en que un santo ama más, está más vacío de sí mismo; y el cielo es el lugar del amor perfecto, donde los santos llegan a la plenitud del amor iniciado en la tierra. De todos los lugares, es por tanto este en el que se está más vacío de sí mismo. Es una triste plenitud estar lleno de uno mismo; esta es la que baja al infierno; es la que, si evita el infierno, necesita ser purificada en los fuegos del purgatorio; porque nada manchado puede permanecer delante de Dios.

Si estos pensamientos os ayudan, hermanas mías, a poner en vosotras algo del anonadamiento de nuestro Señor Jesucristo, a dejaros a vosotras mismas para que solo podáis encontraros en Dios, este Adviento habrá sido para vosotras muy santificador. Cuando os encontréis ante las objeciones del mundo, ante las blasfemias de los incrédulos, deciros que el misterio de Dios es un misterio de santidad y que no lo pueden comprender. Sobre todo, Dios dio a su Hijo al mundo para hacer santos, y, después de los grandes santos, hombres que participan en la santidad.

Muchos cristianos no comprenden esto. No estoy diciendo que no lleguen al cielo. Serán como los niños muertos después del bautismo, por efecto de la plenitud de los sacramentos. Llegan a un lugar pequeño, donde Dios vierte algunos rayos sobre ellos. Pero no cumplen todos los designios de Dios, no son todo lo que Dios hubiera querido de un pueblo elegido, escogido, a quien le había dado tanto.

¡Cuánto menos debe pasarles a las que llevan el nombre de religiosas! Religiosa significa llena de religión hacia Dios. Esposas del Hijo de Dios, no solo están apegadas a él por lazos ordinarios, sino por lazos santos, particulares, elegidos. En ellas, la santidad debe extenderse y solidificarse cada día, sobre los cimientos del anonadamiento de nuestro Señor Jesucristo, en los misterios que estamos celebrando ahora.